

## Fenomenología del chorizo

Sergio González Rodríguez \*

Tengo para mí la hipótesis —espero que falsa— de que el padecimiento de heteroglosia que ahora invade la esfera pública, comenzó en el claustro universitario. La heteroglosia consiste en la abundancia de las lenguas diversas que convergen en forma simultánea y ubicua en la época contemporánea, de acuerdo con Gillo Dorfles en *El intervalo perdido*, Lumen, 1984.

Al menos en parte, aquello sucedió como una desviación de ciertos conocimientos especializados, que se desbordaron e infestaron el habla cotidiana mediante un prurito expresivo u opinionismo: rollo, verba, debrayes, choros, chorizos.

En la Universidad ha reinado —al menos en la Facultad de Filosofía y Letras para no ir más lejos de este campus y medio siglo atrás—, la ontología heideggeriana, luego el existencialismo sartreano, luego el marxismo humanista, luego el marxismo-leninismo, luego el guevarismo, luego el maoísmo, luego el estructuralismo, luego las ciencias formales, luego la semiología, luego el posestructuralismo, luego el desconstruccionismo, luego los estudios de género...

Cada una de estas escuelas arrojó sus ecos vulgarizados —de lo que en verdad no son responsables los expertos que de buena fe implantaron las disciplinas en México—, y cuyo efecto todos hemos padecido y, a la vez, nos hemos beneficiado con ellas, en particular, por manía de léxico, en una que otra ocasión. A principios de los años cuarenta, José Gómez Robleda se burlaba de la jerga de los metafísicos de entonces en un libro insólito titulado

*Noumeno* (Imprenta A. Mijares y Hermano, 1942):

—¿Qué es nada?

—Nada, simplemente, no es.

—En consecuencia, nada es “no es”.

—Pero ¿cómo es posible que algo pueda ser lo que no es?

—Algo evidentemente, es distinto de nada y, por tanto, nada no puede ser algo.

—Bien, nada y algo son lo mismo, porque “no poder ser algo” es nada.

—¡Imposible!, algo sí es o existe, pero nada ni puede ser ni, tampoco, existir.

—Entonces, nada ni es ni existe y, sin embargo, decimos, “nada”.

—Eso significa que no decimos.

—¿Y acaso no puede decirse nada?

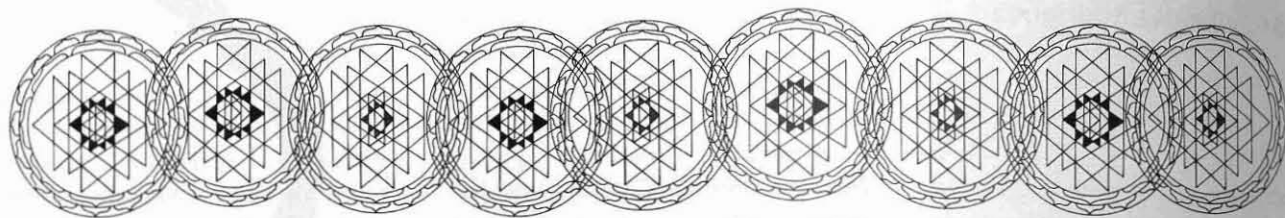
—Sí, pero nada se dice.

Tal es la sensación que se despierta en la mente cuando se asiste al opinionismo circundante: que nada dice aunque diga todo. No está nada mal que la gente se exprese —al fin, se trata de un derecho por completo respetable—, lo dudoso es que las personas estén seguras de que su opinión vale por encima de la del prójimo y se nieguen a oír la de los demás. Y, en consecuencia, rechacen el valor del intervalo, del silencio, puesto que se entregan al ruido continuo y ensordecedor que ellos mismos emiten y que tiende a predominar en el ámbito público. Claro, no es para tanto, pero sí llega a incoordinar: como se sabe, la verdad comete más crímenes que la opinión o *doxa*.

*Eudoxa*, afirma Diógenes —leo en Anne Cauquelin, *La mort des philosophes et autres contes*, PUF, 1992—, se denominaba también *endoxa*. *En-doxa* u opinión reconocida y confirmada que sirve para razonar a partir de la verosimilitud. Esto que Aristóteles llamaba



\* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista



*Enthymema.* Se trata del uso lingüístico más común en la vida cotidiana. Así, la opinión juega con su propio nombre, y con su derivado *en-doxa* para calificar un hombre al que ella honra. Un endoxado.

El uso de la opinión se vincula pues con la memoria y con los nombres en sí, más que con las obras. O con las resonancias o pareceres, más que con la exactitud. Ni modo: yo, tú, él, nosotros *doxamos*. El esplendor de la *doxa* u opinión expresa el triunfo de un pensamiento aproximativo, en última instancia, un mero pasatiempo, lo que explica su éxito público: como cuando se habla del clima para hacer patente un estatuto de existencia. Entre los jóvenes y los adolescentes esto se ha vuelto un impulso obligatorio; “hay que participar”, se dice. Pero como todo lo obligatorio, tal acontecer adviene un gesto sospechoso.

El gran filósofo Federico Wilkins (autor de la obra magistral *Hasta en las mejores familias*) señala que lo que no sucede en la televisión no sucede en la realidad. De allí que, una noche que estaba yo muy preocupado por el destino de nuestra preclara juventud —que es la mía propia—, prendí el televisor con el fin de atisbar a sus realidades, y lo que descubrí me asustó sobremanera.

En el canal 22, surgió como conductora la actriz y cantante, por decir algo —al margen, desde luego, de lo que opinen sus *fans*—, Rita Guerrero

(egresada de la UNAM). “¡No, por favor!”, exclamé: “No basta con que haya atribulado nuestros oídos con sus canciones mestizas y esporádicas, sino que ahora se dispone a elevarse al estatuto de comunicadora”. Por lo visto, se quedó prendida de los rollos del CEU y va por más... Allá ella.

Poco antes, había estado a cuadro, y en el mismo canal, Sasha Sokol (egresada del grupo Timbiriche y del Centro de Capacitación Artística de Televisa), tan guapa, tan tierna, tan elegante y tan insípida como siempre. Un huevo sin sal en mesa vegetariana: charlaba con unos bailarines y bailarinas pre-di-dí-si-mos acerca de una obra musical llamada *Chicago*, que sólo con ver los avances que presentaron es para no pararse ni a cinco kilómetros a la redonda de donde la montan. Le cambié de plano cuando Laura de Ita (egresada de su señor padre) ofrecía un numerito cómico *amateur* al estilo de *Chorus Line* que estaba de ¡¡¡qué-pex-güey, no maaaanches, está caññónn!!!, como diría la verba de *Toma libre*, un emblema de la neotelevisión mexicana.

Busqué entonces el canal 40, donde un verborreico Álvaro Cueva (egresado de la academia de Paty Chapoy y de la SOGEM) estrenaba un programa incriminatorio denominado *El Pozo*. Mediante un gestual de adolescente desmadroso más cercano a los cuarenta que a los treinta años, el ñor insistía en alardear véanme-qué-divertido-soy. Ja-ja-ja. Qué barbaro, qué chistoso. Y

no criticaba, desde luego, a los artistas de la farándula como lo hacen los demás programas de su tipo, sino a los canales de la competencia por su “repetición de formatos”!!! Así demostraba, según esto, qué él es el único creativo en toda la pantalla chica. De bostezo.

Atisbé enseguida un noticiario llamado *Ventana 22*, donde una doble de Sari Bermúdez —la presidenta de Conaculta— entrevistaba a Sari Bermúdez que imitaba a Sari Bermúdez. La doble de Sari habla más rápido y dice menos al mismo tiempo que Roberto Gómez Junco, el cronista de fútbol, que Rosa María de Castro, la exlocutora de TV Azteca y que José Agustín cuando se pone a hablar de rock. Pocas veces he atestiguado en la TV cultural tanto esfuerzo con tan modestos resultados. Eso sí, hay mucha buena fe de por medio. Con el fin de librarme de la catarata de palabrería, pulsé el canal 11 y fue un alivio: un quinteto de politólogos y una comunicadora (de seguro exalumnos de la UNAM algunos de ellos) me dieron el pretexto perfecto: apagué el televisor. Nadie necesita los choros de los politólogos.

La culpa, insisto, es de la proliferación de rollos. Y de la idea de que él habla, sobre todo, el habla de los medios masivos de comunicación, es lo máximo. Y está sólo para divertir, para entretener, para pasar el rato, para erosionar con saliva la vida de otros. Prefiero la lectura.✚